

Asia Central e Irán durante 2005

Nazanin Amirian

Periodista y escritora iraní

Resumen

El artículo analiza los principales acontecimientos que han tenido lugar en la región de Asia Central durante 2005, para dibujar un panorama de las alianzas de los estados de la zona con las grandes potencias (Rusia y EEUU), y sus esfuerzos para llevar adelante una organización de cooperación regional en materia de seguridad. En una segunda parte, se realiza un balance de las elecciones presidenciales iraníes, que supusieron un vuelco en el poder, al quedar descartada la opción reformista y por la formación de un nuevo gobierno, dirigido por Mahmud Ahmadinejad, quien, de perfil conservador, es partidario de un regreso a los fundamentos de la República Islámica. El texto también dedica su atención a la crisis abierta por la determinación del Gobierno iraní de hacerse con infraestructuras que le permitan desarrollar energía nuclear, y que han llevado a medidas de presión por parte de la comunidad internacional ante el riesgo de que sirvan también para la obtención de armamento nuclear.

Asia Central: El Gran Juego se actualiza

Ha pasado más de un siglo desde la última vez que Asia Central fue objeto del reparto de zonas de influencia entre potencias mundiales. Entonces eran dos imperios, el británico y la Rusia zarista quienes se enfrentaban por el control político de esta región. Actualmente y tras la desintegración de la Unión Soviética, Asia Central ha vuelto a ser terreno de disputas, aunque esta vez entre múltiples actores: Rusia, China, Irán –viejos integrantes del mapa geográfico de la región–, y Estados Unidos, un recién llegado que, a partir de los años noventa y de forma sigilosa, se ha introducido en este estratégico enclave, presentándose como el principal protagonista de la escena política, militar y económica de la región. La reciente toma de importancia de esta área es debida a un giro en la estrategia de la Casa Blanca en su proyección global, que busca restringir la tradicional influencia de sus tres rivales en el área; consolidar el desmembramiento del territorio soviético; tomar el control de la seguridad de la zona en el contexto de su lucha contra el terrorismo

internacional, mediante los asentamientos militares y la expansión de la OTAN; y lo más trascendental, el acceso a los enormes recursos energéticos de Asia Central y del Mar Caspio. De este modo, Washington no sólo conseguiría disminuir su dependencia con respecto al petróleo de la inestable región de Oriente Medio y multiplicar sus fuentes de suministro de energía, sino también rompería el monopolio ruso sobre los yacimientos de petróleo y gas, y de paso frenaría el crecimiento de la economía china, necesitada cada vez más de nuevos proveedores de hidrocarburos. En caso de cumplirse estos planes, EEUU aumentaría de forma considerable su capacidad de controlar la dinámica del mercado internacional de la energía.

“Las reservas probadas de gas natural de Asia Central ascienden a más de 236 billones de metros cúbicos y las de petróleo rozan los 200 millones de barriles, con la posibilidad de alcanzar la cifra de mil millones.”

Actualmente, las reservas probadas de gas natural de la zona ascienden a más de 236 billones de metros cúbicos y las de petróleo rozan los 200 millones de barriles, con la posibilidad de alcanzar la cifra de mil millones. No entran dentro de estas estimaciones las reservas potenciales de energía en la Cuenca Caspia, que algunos cálculos sitúan en 115 billones de barriles. Se estima que dentro de unos diez años los países del área podrán producir alrededor de 4 millones de barriles al día, lo que igualaría la producción actual de Irán y estaría por encima de la producción conjunta de crudo de Kuwait e Irak.

Sin embargo, existe un problema nada desdeñable: la inexistencia de rutas alternativas para su transporte hacia mercados occidentales ya que, hoy en día, la totalidad de los gasoductos de exportación de Asia Central atraviesan el territorio ruso. Por ello, los EEUU llevan años buscando vías para que el flujo de petróleo y gas de la región, sin salida al mar, encuentre vías de transporte hacia Occidente. Los atentados del 11-S y la posterior ocupación de Afganistán brindaron la oportunidad a UNOCAL, la gran petrolera norteamericana, de incluir dentro del abanico de sus posibilidades una alternativa más económica, Afganistán, con un coste estimado de 1,9 mil millones de dólares, un oleoducto más corto en distancia, y una vía más segura. Dicho oleoducto saldrá de Asia Central para atravesar las ciudades afganas de Herat y Kandahar, para terminar en los puertos pakistaníes de Quetta y Karachi, en el Índico. Sin embargo, puede que estemos ante un vuelco inesperado en la situa-

ción geopolítica de la región a causa de los intereses y planes contrapuestos de los diferentes actores.

El difícil condominio

El nacimiento de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) en 2001, aunque ha pasado de puntillas, ha sido sin duda uno de los acontecimientos más importantes tras la Guerra del Golfo y la nueva doctrina internacional unilateralista auspiciada por los Estados Unidos. La OCS, compuesta por China, Rusia, las cuatro repúblicas de Asia Central -Tayikistán, Kazajistán y Kirguistán y Uzbekistán- y con India, Irán y Pakistán como miembros observadores, que en el 2003 se había propuesto promocionar la cooperación y desarrollo común de los países miembros, ha incluido en su agenda el mantenimiento de la paz y la estabilidad en la región, e incluso ha constituido la Estructura Regional Antiterrorista (RATS) con sede en Tashkent (capital de Uzbekistán). Este nuevo enfoque hacia las cuestiones de seguridad de la organización, bien podría revelar los intentos de Rusia y China de desalojar a las tropas de la OTAN –una vez finalizada la fase militar de la lucha contra el terrorismo islamista– y sus firmes intenciones de recuperar lo que siempre ha sido su tradicional esfera de influencia. Acorde con lo anterior, la OCS exigió ya en 2004 un calendario de retirada las fuerzas armadas norteamericanas de la región.

Frágil equilibrio

En el mes de mayo, el presidente de Uzbekistán, Islam Karimov, dirigente del estado más fuerte de la región y que hasta este momento había sabido jugar a dos bandas con Moscú y Washington, tuvo que enfrentarse a unos graves disturbios armados en la ciudad de Andiján, presuntamente organizados por el ilegal partido islámico de Hizb-ut-Tahrir. Dicho partido, según Karimov, recibe ayuda de Washington y está protegido por los gobiernos pronorteamericanos de Afganistán y Pakistán. Por ello, el presidente uzbeko no dudó en señalar a Washington como responsable de la intenciona de una nueva “revolución naranja” con el fin de desalojarle del poder, y exigió el desmantelamiento de la base estadounidense de Janabad en un plazo de seis meses. Quedaba atrás su extraña alianza con Israel y EEUU, que en el 1997 hizo que fueran los tres únicos países que en el seno de las Naciones Unidas se opusieron al levantamiento del bloqueo a Cuba.

Una prueba de la ruptura de la alianza entre EEUU y Uzbekistán se produjo en octubre de 2005, cuando durante

una gira en Asia Central de la secretaria de Estado norteamericana, Condolezza Rice, se obvió la visita a Tashkent. Esta pérdida de influencia implicó también un acercamiento de Uzbekistán a la Federación Rusa, que le ofreció garantías de seguridad y cooperación militar, y facilitó su ingreso en el mercado libre de la Comunidad Económica Euroasiática (CEEAA) –compuesta por Rusia, Bielarús, Kazajistán, Kirguistán y Tayikistán–. Hu Jintao, el líder chino, también quiso recompensar el gesto del presidente Karimov, con la firma de un pacto estratégico sobre cuestiones de “seguridad mutua frente a amenazas externas, como fuerzas separatistas y movimientos guerrilleros supranacionales”, así como un acuerdo para la construcción de un gasoducto por valor de 600 millones dólares. Sin embargo, para la Administración Bush no

todo estaba perdido. En su viaje a Kazajistán, segunda ex república de la URSS más grande en extensión (después Rusia), Rice intentó conseguir del presidente del país Nursultán Nazarbaev la autorización para la construcción de un oleoducto que conecte los campos de petróleo

“ El nacimiento de la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS) en 2001, aunque ha pasado de puntillas, ha sido sin duda uno de los acontecimientos más importantes tras la Guerra del Golfo y la nueva doctrina internacional unilateralista auspiciada por los Estados Unidos.”

kazajo con el oleoducto Bakú-Tbilisi-Ceyhán. A la secretaria de Estado no se le escapaba que Kazajistán tiene capacidad de producir en unos años más de 2,5 millones de barriles al día. Aunque las compañías estadounidenses ya han adquirido el 75% del campo petrolífero de Tengiz, China se comprometió a pagar 4,2 billones de dólares por la empresa Petrokazajistán, que controla 550 millones de barriles.

En Kirguistán la secretaria de Estado logró renovar el permiso de la permanencia de las tropas de la OTAN en la base aérea de Manás, a pocos kilómetros de la base Kant, cediendo por el gobierno kazajo a las tropas rusas. Sin embargo, Kurmanbek Bakiyev, recientemente elegido presidente del país, ha informado al presidente Bush su deseo de desmantelar la base militar en Manás.

Quizás el único país donde Estados Unidos no tiene que competir con sus grandes rivales sea Afganistán. Se trata de un Estado con acceso a las reservas de petróleo de sus vecinos nortños, y aparentemente apto para construir un oleoducto para transportar estos abastecimientos al Océano Índico, vía Pakistán.

Sin embargo, durante todo el 2005 los ataques de las insurgentes afganas que se oponen a la presencia de la OTAN en su territorio se incrementaron de forma espectacular. Sería un grave error atribuir la autoría de todos estos ataques a los talibanes, y no ver la formación de una incipiente resistencia popular, que se rebela contra aquellos que consideran responsables de la muerte de miles de civiles, la miseria crónica, la extendida corrupción, y el incumplimiento de las

promesas por parte de las autoridades del país. Una situación de empeoramiento generalizado que podría conducir a la *irakización* del país.

La autoridad del presidente Hamid Karzai, al que algunos apodan el "alcalde de Kabul", no va más allá de las fronteras de la capital, dejando fuera de las prestaciones sociales a decenas de millones de afganos, cuyas vidas están bajo el control de los temibles señores de la guerra.

Las elecciones iraníes de 2005

El acontecimiento más destacado del año 2005 en la región fue sin duda las séptimas elecciones presidenciales que dejaron fuera del juego político a los reformistas que habían ocupado el poder durante dos legislaturas. Estos comicios se celebraban en el marco de dos hechos relevantes: por un lado, la presión de los países occidentales sobre Irán por su programa nuclear; y por otro, el debate sobre la celebración de un posible referéndum que se parara la religión del poder político, suprimiendo la figura del *Welayat-e-faghih* ("gobierno del sabio religioso") encarnada hoy en el Ayatolá Alí Jamenei.

A la vista de los resultados, quedó claro a través de los comicios que el régimen teocrático de Irán estaba decidido a poner fin a la hasta entonces vigente "democracia religiosa", para abrir una nueva etapa, en el que serían los conservadores los que jugarían un papel preeminente.

Réquiem por Jatamí

Ya en el año 1997, cuando más de 22 millones de iraníes depositaron su voto a favor de Mohammad Jatamí, parecía difícil que un miembro de la casta clerical y fiel a los dogmas religiosos y políticos de la República Islámica (RI), fuera capaz de conducir el país de forma pacífica hacia un régimen laico y dismantelar la teocracia para instalar la democracia.

Estas expectativas se desvanecieron ya durante el primer mandato de Mohammad Jatamí (1997-2001), cuando quedó claro que no podía –por la sumisión de los poderes mundanos a la voluntad divina del líder espiritual–, ni quizás estaba dispuesto –por el miedo a que sus reformas resquebrajaran las columnas de la república islámica, a la que había jurado fidelidad–, cumplir sus promesas de solucionar los graves problemas económicos y políticos del país.

"La desatención de los reformistas a sus compromisos sociales (...) hizo que cuando los ultraconservadores empezaron a excluir a los reformistas del poder, ningún sector de la sociedad (...) se solidarizara con ellos"

El propósito de los líderes religiosos al permitir el acceso de Jatamí al poder respondía a la voluntad de promover unas "reformas desde arriba para evitar una revolución desde abajo", sin darse cuenta de la incompatibilidad entre la teocracia, que discrimina a sus ciudadanos por razones de género, religión, etnia, pensamiento, ideas y clases sociales, con los principios más elementales de la democracia, la libertad, en un sistema político en el que la totalidad de los partidos políticos, sindicatos y asociaciones no fieles al régimen están prohibidos.

La desatención de los reformistas a sus compromisos sociales, cuando controlaban el poder ejecutivo y el legislativo y contaban con el apoyo incondicional de la inmensa mayoría de los ciudadanos, hizo que cuando los ultraconservadores empezaron a excluir a los reformistas del poder, ningún sector de la sociedad, ni los estudiantes universitarios que eran

su principal base social, se solidarizaran con ellos, ni mucho menos se movilizaran para defender sus reclamaciones. De este modo, los reformistas se quedaron solos y desacreditados ante la población, dejando

el camino libre para los los ultraconservadores, encabezados por el ex alcalde de Teherán, Mahmud Ahmadinejad.

La lucha por el poder absoluto

Es necesario recordar que el complejo sistema político de Irán prohíbe y persigue duramente a todas las fuerzas político-sociales no gubernamentales y por lo tanto también a las islámicas -como las veteranas Partido Comunista de Tudeh, los Fedayines, o el Partido Demócrata de Kurdistán-, y sólo permite la actividad a los grupos fieles a la RI. Por lo tanto, la batalla para monopolizar el poder se desarrolla entre estas facciones, divididas principalmente entre los fundamentalistas (con los militares islamistas como el núcleo duro), los conservadores y los reformistas.

Hasta las elecciones del junio del 2005 las dos primeras corrientes se unían para desacreditar y desbancar a los reformistas. La última vez fue justo antes de los comicios legislativos del 20 de febrero del 2004, cuando el conservador Consejo Guardián de la Constitución Islámica (CGCI), organismo designado por los ayato-

lós y con derecho a veto, decidió no permitir que pudieran presentarse los candidatos reformistas. Poco después, los *Sepah Pasdarán* ("Guardianes Islámicos"), detenían a decenas de diputados de esta facción que protestaban por la decisión del CGCI con una sentada frente al Parlamento. La

"La batalla para monopolizar el poder [ejecutivo en Irán] se desarrolla entre (...) facciones, divididas principalmente entre los fundamentalistas, los conservadores y los reformistas."

fidelidad de los Guardianes Islámicos fue recompensada con la admisión de más de 60 de sus representantes en el *majles* (el parlamento iraní), y con el nombramiento de Hadad Adel Nezhad, uno de los miembros de los servicios de inteligencia del régimen, como nuevo presidente del dicho parlamento.

En aquellas elecciones de 2004 cerca del 85% del electorado –incluidas las asociaciones reformistas–, optaron por el boicót, con el objetivo de negar la legitimidad al parlamento. Incluso la influyente Asociación Islámica Unificada de Estudiantes (AUE), de tendencia reformista, tachó a sus políticos de “oportunistas que intentan salvar sus puestos”, en vez de cuestionar la existencia de órganos no electos, como el CGCI, o el propio *Welayat-e-Faghih*, pidiendo el boicót a las elecciones y exigiendo la convocatoria de un referéndum para separar la religión del poder y formar una asamblea constituyente. En Teherán, según cifras del propio gobierno, sólo un 30% de los electores participaron en los comicios.

El periodo político marcado por las esperanzas de reforma desde dentro del propio régimen y de desarrollo de un pluralismo político real, llegaba así a su fin y originaba la segunda gran crisis abierta que sufría la RI desde su fundación en 1979; la primera sucedió en 1981 cuando Jomeini apartó del poder al presidente Bani Sadr, hoy exiliado en París.

Los iraníes, a través de su experiencia con el gobierno Jata-mí, se percataron de que lo que separaba los reformistas de los conservadores no era más que una disputa por las formas, más que por el contenido de los programas.

El fin de la cohabitación

Con la convocatoria de las elecciones de junio del 2005 los iraníes podían “elegir” entre siete candidatos gubernamentales, todos ellos varones. De nada sirvió la manifestación de más de ocho mil mujeres en protesta por la eliminación de las candidatas femeninas. Toda la oposición al conservadurismo, desde la Asociación Islámica Unificada de Estudiantes, hasta la totalidad de las fuerzas políticas clandestinas, así como Shirin Ebadí, la premio Nóbel de la paz, pidieron el boicót a lo que llamaron “la farsa electoral” para legitimar al régimen de cara al exterior.

Los candidatos a las elecciones iraníes

El primer candidato y con muchas posibilidades de convertirse en el séptimo presidente de la RI, era Alí Akbar Hashemí Rafsenyani, clérigo conservador de 69 años, ex presidente por dos veces, y líder de las doce familias religiosas que a través de unos 300.000 *mullahs* (sacerdotes), controlan el 54% de la riqueza del país. Rafsenyani, que antes de la

Revolución vivía de un sueldo modesto, es hoy el hombre más rico de Irán, y según la revista *Time*, ocupa el puesto número 46 entre los más ricos del planeta. Para muchos, Rafsenyani es el símbolo de la corrupción institucionalizada. Sin embargo, Rafsenyani es capaz de hacer llegar su discurso a amplios sectores de la sociedad: representa a aquellos sectores empresariales deseosos de una apertura hacia Occidente; también atrae a los jóvenes y mujeres hartos de las molestas normas de la moralidad religiosa, ya que ha llegado a insinuar la supresión progresiva de la obligatoriedad del velo. Tampoco olvida en su discurso a los parados, a quienes prometió pagarles de 100 a 135 dólares mensuales.

El segundo candidato a la presidencia era el doctor Mustafá Moin, un civil reformista, ex ministro de Ciencia y Tecnología, a quien en un primer momento el CGCI rechazó su solicitud y que con una “orden gubernamental” del propio Alí Jameneí y tras masivas protestas de los reformistas, fue incluido en la lista. Sin base social ni apoyo de sus antiguos incondicionales que habían boicoteado los comicios, su participación parecía un nuevo intento de teatralizar posibilidades para los reformistas.

El siguiente en las encuestas era el clérigo independiente Mehdi Karubi, antiguo presidente del Parlamento, próximo a las tesis reformistas y uno de los fundadores del movimiento incipiente de la “teología de la liberación” en el islam, que proponía instaurar una paga mensual equivalente a 50 euros a todos los mayores de 18 años.

Y los cuatro candidatos restantes pertenecían sorprendentemente a los cuerpos de la seguridad del Estado. Baqer Qalibaf, ex director de la Policía Nacional; Mohsen Rezai, ex comandante del cuerpo de élite de Guardianes de la Revolución; Alí Lariyani, ex director de la Radio y Televisión Iraní y miembro de los servicios de inteligencia. También se encontraba en este grupo, con posibilidades reales de elección, Mahmud Ahmadinejad, el alcalde de Teherán, que finalmente sería el vencedor de los comicios.

La presencia de los militares entre los candidatos fue denunciada incluso por el propio ministro del Interior del Gobierno reformista saliente, Abdolvahed Mousavi Lari, que expresó públicamente sus dudas de que ésta fuera constitucional. Sin embargo, la inclusión de militares en las listas obedecía a una demostración de firmeza hacia los que amenazan el régimen desde el interior y el exterior.

El eje central de los discursos electorales de la totalidad de los candidatos era la mejora de la situación económica y la erradicación de la pobreza. Las prioridades sociales manifestadas por los políticos respondían a una situación de frustración palpable entre la ciudadanía, ya que pese a la abundancia de petróleo el país sufre una inflación del 17,5%

(datos del Banco Central de Irán para el año 2005) y un paro que según el Banco Mundial, en 2005 era del orden del 12,3%.

Durante la celebración de la campaña electoral, en la ciudad santa de Qom y en Ahwaz, localidad de mayoría árabe situada en la frontera de Irak, fueron escenarios de la explosión de varias bombas con el resultado de decenas de muertos y heridos. Estos sucesos fueron acompañados por la declaración de una huelga de hambre indefinida de miles de presos de conciencia, que recibieron el apoyo de grupos de estudiantes universitarios.

Las "elecciones" presidenciales se celebraron sin observadores internacionales y en un contexto de múltiples acusaciones de fraude que fueron denunciadas por el Ministerio de Interior del Gobierno reformista, que denunció que uno sus inspectores había sido detenido durante seis horas por los Guardianes Islámicos cuando visitaba uno de los colegios electorales. Los resultados oficiales de la primera ronda eran más que sorprendentes: Rafsenyani conseguía el 21% de un total de unos 28 millones de votos, mientras que Ahmadinejad se colocaba algo más de un punto por debajo del él, con un 19,48% del electorado. Karrubi, que en las encuestas previas había obtenido resultados similares a los de Ahmadinejad, acusó a las autoridades de pucherazo. Pero tanto él como Mo'in, la Asociación de Clérigos Combatientes, el Frente de Participación Islámica de Irán, la Organización de la República Islámica Mojahidín, los artistas, intelectuales y periodistas destacados, ante el temor de una victoria ultraconservadora, pidieron el voto unánime para Rafsenyani. Sin embargo, la suerte ya estaba echada. En la segunda ronda la situación dio un vuelco inesperado y según las cifras oficiales Ahmadinejad subió de 5,7 millones de votos –el 18,48%–, en la primera ronda, a más de 17 millones –un 61,69%–, en la segunda, de un total de 28 millones de votos y una participación de alrededor del 59,6%.

La sorprendente elección de Ahmadinejad

En una carta publicada en la prensa iraní, Rafsenyani no oculta su sorpresa por no haber salido vencedor de las urnas, y denuncia "ante Dios" el masivo fraude a favor de su rival, en lo que algunos consideran una estrategia del Ayatolá Ali Jamenei para alejar del poder al cada vez más influyente político iraní (haciendo buena la expresión "no caben dos reyes en el mismo reino") y en colocar en su lugar en el ejecutivo a Ahmadinejad, un hombre sin pasado claro, con menos apoyos entre la población y, en principio,

más influenciado ante el régimen. Ahmadinejad escaló de un cuarto puesto de la lista de ganadores de la primera ronda electoral a la victoria en la segunda, convirtiéndose así en el presidente de su república. Su elección significaba el pistoletazo del inicio de la dicotomía entre los fundamentalistas (militares y clérigos) y los ultraconservadores (tradicionales y modernos). En este reparto particular de los puestos, el candidato Baqer Qalibaf obtuvo la alcaldía de Teherán y Larijani se convirtió en responsable del equipo negociador sobre la energía atómica con Occidente.

La salida de escena de los reformistas

Y ¿quién es Mahmud Ahmadinejad?. Aunque había sido jefe de los Guardianes de la Revolución en las provincias occidentales de Irán, sobre todo en la conflictiva provincia de Kurdistán, gobernador y vicegobernador de las ciudades tensas de Maku, Khoy y Ardabil hasta 1997, a Ahmadinejad se le conoce desde que, por decisión de Alí Jamenei, en el mayo de 2003 se convirtió en el alcalde de Teherán. Desde allí cambió las políticas sociales y culturales de los antiguos alcaldes reformistas para llevar adelante su experimento de la "reislamización" de la sociedad.

El nuevo presidente, además de ser miembro de la poderosa Unión de Constructores de Irán Abadgaran, pertenece al grupo apocalíptico de Hoyatíe, ilegalizado por el Ayatolá Jomeini, que espera la aparición del *Mahdi*, el duodécimo imán chií, que según la tradición religiosa permanece oculto desde el año 872.

"Ahmadinejad escaló de un cuarto puesto de la lista de ganadores de la primera ronda electoral a la victoria en la segunda, convirtiéndose así en el presidente de su república. Su elección significaba el pistoletazo del inicio de la dicotomía entre los fundamentalistas y los ultraconservadores."

Su estilo belicoso al tratar con los ministros, diputados y periodistas ha levantado mucha polémica. A la pregunta de un periodista del diario *Shargh* acerca de la liberación de miles

de presos políticos en el caso de que él llegara a ser presidente, Ahmadinejad contestó: "¿Qué presos políticos? ¿Los presos políticos en los Estados Unidos?". En cuanto a las cuestiones económicas, pronto ha tenido que congelar su promesa del bienestar para los desheredados y sustituirla por el imposible modelo norcoreano de economía, basada en la autosuficiencia y la reducción de la dependencia del exterior. Ahora bien, se puede plantear la pregunta de ¿por qué, de repente, los *duros* del régimen deciden deshacerse de sus aliados reformistas, que les habrían permitido seguir dando una imagen amable en el exterior?.

Respondiendo a esta cuestión, uno de los motivos para acabar con la cohabitación se puede explicar por la influencia de la ocupación de Irak por los ejércitos occidentales. Ante la constatación de las dificultades de los EEUU en dar una

solución rápida a su presencia en Irak, y de que por ello sería difícil provocar al mismo tiempo cambios políticos en el régimen de los ayatolás, el sector conservador se sintió más seguro e intentó desbancar a los reformistas y recuperar aquellas pequeñas parcelas del poder que aún mantenían. Sobre esta base, empezaron a cometer graves errores de cálculo en su análisis de la situación. Ni reconocieron el gobierno proestadonunidense de Irak, ni las negociaciones sobre la pacificación de Afganistán. Esta actitud condujo a un cambio de orientación en los planes de Estados Unidos hacia el régimen iraní.

No vale “mejor tarde que nunca”

Dos meses fueron más que suficientes para que Alí Jamenei se diera cuenta del grave error que había cometido al llevar a Ahmadinejad al poder, ya que el protegido del líder espiritual consiguió en poco tiempo movilizar a la comunidad internacional en contra de la RI y aumentar y justificar el peligro de una agresión militar contra el país.

A nivel interno, sus gestiones radicales y beligerantes no sólo causaron la huida masiva de capitales nacionales y extranjeros del país, provocando la caída drástica de la Bolsa de Teherán, sino que también impidieron conseguir el voto de confianza del parlamento para cuatro ministerios claves, entre ellos el de Petróleo, que más de cuatro meses después de la elección, seguía sin tener responsable. Sin embargo, los asuntos internos preocupaban menos a los dignatarios del país, conscientes que su talón de Aquiles se encuentra en su

delicada posición internacional. Los discursos del nuevo presidente ante la Asamblea General de la ONU sobre la continuidad del programa nuclear del país, y sus declaraciones sugiriendo que Israel debería ser borrado del mapa, fueron como regalos a quienes insisten en que “Irán es un elemento subversivo capaz de desestabilizar la región”. Se hacía necesario poner remedio a tanta “imprudencia”, ya que empezaba la cuenta atrás para una confrontación inevitable con las potencias extranjeras. Los ayatolás que han sabido sobrevivir a las adversidades, en un intento de rebajar la tensión, obligaron a Ahmadinejad, primero, a expresar su voluntad a regresar sin condiciones a la mesa de negociaciones con la troika europea (Inglaterra, Francia y Alemania) sobre el programa nuclear del país, y, después a publicar un comunicado en el que precisaba que “Irán es legal con sus compromisos basados en la carta de la ONU y nunca amenazó con usar la fuerza contra ningún país”. Para “contener” aún más al presidente, Alí Larijani, secretario del Consejo Supremo de Seguridad Nacional iraní, tuvo

que advertirle que “sólo a los palestinos incumbe defender sus derechos y a nadie más”.

Pero Jamenei fue más lejos, y en un acto sorprendente cedió su facultad de supervisar las decisiones tomadas por los tres poderes al Consejo de Conveniencia, presidido por Hashemi Rafsenyani, el actual presidente del Consejo de Conveniencia y contrincante electoral de Ahmadinejad, para contrarrestar el poder que el sector militar estaba tomando en todas las instituciones del país.

Algunos analistas iraníes creen que los gestos del presidente, lejos de ser “imprudencias” forman parte de su estrategia para aumentar la crisis en las relaciones de Irán con la comunidad internacional, propiciando una situación bélica para monopolizar el poder y justificar la militarización de las instituciones civiles.

Los entresijos del programa nuclear iraní

Desde que en enero del 2002 la Administración Bush incluyó al régimen de los ayatolás en su “Eje del Mal” detrás de Irak, la cuenta atrás había empezado para Irán. Empezaron a sucederse las calificaciones de “mayor estado impulsor del terror”, “peligro para la paz mundial”, “el estado que niega

a su pueblo la libertad” entre otras expresiones, que han ido configurando el arsenal psicológico de Washington contra Teherán. Sólo faltaba “la sospecha” de que la República Islámica iraní poseía armas de destrucción masiva para que la analogía con la dinámica previa a la guerra de Irak comenzara a

“ Los discursos del nuevo presidente ante la Asamblea General de la ONU sobre la continuidad del programa nuclear del país, y sus declaraciones sugiriendo que Israel debería ser borrado del mapa, fueron como regalos a quienes insisten en que ‘Irán es un elemento subversivo capaz de desestabilizar la región’ ”

perfilarse. Y ésta no tardó en llegar. En 2003, los Muyahidines del Pueblo Iraní –un grupo islamista armado de oposición al régimen de los ayatolás desde el 1981, con base militar en Irak y protegido por Saddam Hussein primero y luego por Estados Unidos– presentaron a los medios de comunicación unos documentos en los que revelaban los supuestos fines militares del proyecto nuclear de Irán. Estas afirmaciones servían para aumentar la presión sobre Teherán, mientras la presunción de inocencia era arrastrada por el suelo. Irónicamente, no se cuestionaba que los denunciantes de la “amenaza” iraní fuesen Estados Unidos, Inglaterra, Francia e Israel, los destacados miembros del “club nuclear”, el gestor del mayor arsenal de todo tipo de armas ilegales de destrucción masiva, incluidas las nucleares.

El director de la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), Mohammed ElBaradei, declaraba en octubre de 2004 que ni sus cámaras instaladas en las centrales iraníes, ni los inspectores de la agencia, que habían sido autoriza-

dos por Irán a visitar todas sus instalaciones, habían hallado indicio alguno que demostrara el deseo del gobierno iraní de utilizar el programa nuclear con fines bélicos. Incluso el diario estadounidense *The Washington Post*, en un reportaje fechado en 12 de agosto de 2005, llegó a afirmar que Irán necesitaría 12 años como mínimo para poder producir su primera bomba atómica. Sin embargo, seguían adelante los pasos para la fabricación de una crisis.

Las autoridades de la RI, para justificar su proyecto nuclear de uso civil, y teniendo en cuenta sus inmensas reservas de petróleo y gas, recurrieron a los siguientes argumentos:

a) La reducción de la capacidad de sus refinерías para explotar el petróleo, debido a los daños que sufrieron durante la guerra entre Irán e Irak (1980-88), bajando de 6 millones de barriles diarios del 1979 a los 4,2 millones actuales, más de la mitad de los cuales se destina a la exportación;

b) La duplicación de la población desde 1980, con una cifra de población actual de 67 millones de habitantes;

c) El aumento de las necesidades energéticas de los ciudadanos y la posibilidad de una crisis energética a nivel mundial por el crecimiento exponencial de la demanda y la existencia de recursos finitos de petróleo. En este sentido, es preciso señalar que Irán ha proyectado ya generar hasta 2020 unos 20.000 megavatios de electricidad, ahorrando 190 millones de barriles que, con el valor actual, tendría un precio que ascendería a unos 10 mil millones dólares.

Más allá de las necesidades de Irán, el punto de conflicto ha sido la puesta en marcha por parte de Irán del "ciclo nuclear completo", con el fin de enriquecer el uranio como combustible –lo cual se permite en el Tratado de No Proliferación–, que en condiciones concretas podría ser utilizado para armamento atómico. Sin embargo, Fereyduh Sahabi, el primer director de la Organización de Energía Atómica de Irán hasta 1992, afirmó que era imposible que el país fuera capaz de llevar a cabo el ciclo, ya que el uranio iraní no sólo es insuficiente para iniciar el proceso de combustible, sino que la capacidad de las centrales del país para depurarlo es tan sólo del 4%, cuando para fabricar una bomba atómica hace falta un uranio con un 85% de pureza. Es más, para iniciar el ciclo completo de combustible, Teherán necesitaría más de mil centrifugadores, si bien hoy cuenta tan sólo con 174. Por todo ello, es posible afirmar que las instalaciones iraníes se encuentran actualmente a años de distancia de ser capaces de construir no sólo la materia prima, sino también de tener al alcance la posibilidad de disponer de armamento nuclear propio.

“ Es posible afirmar que las instalaciones iraníes se encuentran actualmente a años de distancia de ser capaces de construir no sólo la materia prima, sino también de tener al alcance la posibilidad de disponer de armamento nuclear propio.”

Quizás para alejar la amenaza de una agresión militar de EEUU o de Israel, Irán suscribió un acuerdo con la troika europea (Alemania, Gran Bretaña y Francia -U3-) en noviembre de 2003 para suspender voluntariamente todas las fases de ejecución del proyecto de enriquecimiento de uranio de la central de Natanz, con la condición de recibir garantías de seguridad para que no fuese atacado.

Sin embargo, ante el incumplimiento de los compromisos establecidos por parte de los europeos, en el agosto de 2005 Irán, mientras mantenía en suspenso las actividades en la planta de Natanz reanudó, previo aviso al AIEA (cuyos inspectores ya habían instalado cámaras de vigilancia en el interior del complejo), el proyecto del ciclo de combustible de la central de Esfahan. La consecuencia fue la ruptura del diálogo entre la UE e Irán.

En el mes de septiembre, el presidente Mahmud Ahmadi-nejad, en su discurso en la Asamblea General de la ONU, con el fin de demostrar el carácter no militar de sus planes nucleares ofreció, sin éxito, la posibilidad de participar hasta en un 35% de las actividades de Natanz a compañías extranjeras. EEUU, que mantiene la crisis con Irán por encima de cualquier solución al contencioso, no creía suficiente

ni el régimen de inspección que admitió Teherán –que había accedido a condiciones más estrictas que las expresadas en el Protocolo Adicional del TNP–, y siguió empeñado en pedir “más medidas de transparencia”; medidas que las autoridades iraníes percibieron como una intento de explorar sus instalaciones militares para asegurarse del éxito de una posible operación militar, lo mismo que sucedió en Irak, meses antes de ser invadido.

La troika europea que hasta este momento había aceptado el uso por parte de Teherán de la energía nuclear “en conformidad con el Tratado de No Proliferación y en el marco de un acuerdo global” que debía comprender “la garantía y aprovisionamiento duradero de combustible nuclear para sus centrales”, a finales del año ya había cambiado de postura, insistiendo en que sólo la renuncia total al programa nuclear podría disipar las “sospechas” de la “comunidad internacional” y abrir camino a la solución del conflicto.

Lo inexplicable de este peligroso escenario es que mientras la AIEA y la comunidad internacional acosan a Irán, país sujeto a la tutela de la agencia y cuyo programa es hasta el momento de carácter civil, no dedican el mismo trato a las armas nucleares de Israel, Pakistán e India, que no son signatarios del TNP y que nunca han admitido ninguna inspección en sus instalaciones.

Las otras razones

La crisis en torno a las futuras armas nucleares de Irán esconden otras realidades, como por ejemplo que este país, siendo la tercera mina del oro negro del mundo, tras Arabia Saudí e Irak, y la segunda en gas natural del planeta, después de Rusia, es un enemigo manifiesto de los EEUU y mantiene buenas relaciones comerciales con Rusia y China, que lo hacen especialmente *non grato*. El año pasado Irán firmó con China el llamado "Contrato del siglo" para venderle petróleo por valor de 70 mil millones de dólares durante los próximos 25 años. Está prevista la firma de otro acuerdo similar para la venta del gas natural. En cuanto a Rusia, si bien es cierto que Moscú no tiene ningún interés de que su vecino sureño se convierta en una potencia nuclear militar, tampoco desea que Washington gane la batalla en esta competición por los recursos y las zonas de influencia. Nada más firmar un acuerdo para terminar la central nuclear de Busher, por el que cobrará 800 millones de dólares, Putin ha firmado un contrato de venta de armas a Irán por valor de mil millones de dólares, que incluye 30 novísimos sistemas de misiles antiaéreos de quinta generación.

Tampoco hay que olvidar la intención de la Administración Bush de seguir adelante con su plan de rediseñar el mapa político de la región y crear el Gran Oriente Medio, puesto en marcha con la invasión de Afganistán y Irak y los posteriores cambios políticos al servicio de sus intereses estratégicos. En este plan del Pentágono, cuyo objetivo no es otro que garantizar la seguridad de Israel y por ende, consolidar la presencia militar de EEUU y proteger sus intereses en la región en perjuicio de potencias rivales, Irán es una pieza clave.

Mientras a estos factores se añaden el emplazamiento geopolítico de Irán y su conversión en una superpotencia regional, sobre todo tras el desastre de Irak, algunos observadores occidentales creen que lo que en verdad se trata de dirimir en la confrontación entre EEUU e Irán es la manifestación del gobierno iraní en junio de 2004 de la posible apertura de la Bolsa de Petróleos de Irán (Iranian Oil Bourse, IOB), a partir del 21 de marzo (año nuevo persa) de 2006, con el objetivo de convertir sus transacciones de petróleo en euros. Esta Bolsa competiría con la bolsa petrolera de Londres (International Petroleum Exchange, IPE) y la de Nueva York (New York Mercantile Exchange, NYMEX), ambas bajo supervisión de los EEUU. Esta iniciativa provocaría la devaluación y caída del dólar, perjudicando la exclusividad de la moneda norteamericana para establecer el precio en la compra y venta del petróleo.

Sin embargo, hasta el momento el régimen iraní ha desmentido por boca de Kazempur Ahrabi, el representante

de Irán en la OPEP, que estas transacciones en euros estuvieran en la agenda de su gobierno. Además, las exportaciones del crudo iraní al mercado internacional sólo suponen el 3% del total, es decir unos 2,5 millones de barriles de los 85 millones que se compran y venden a diario, lo cual de ninguna manera podría presentarse como una amenaza a la supremacía del dólar en este mercado.

Irán: ¿en busca del equilibrio del terror?

¿Es posible que el régimen iraní tengan la intención de hacerse con la bomba atómica? La respuesta es que sí y por puras "razones de Estado". Irán está atrapado entre Afganistán e Irak, dos países invadidos y ocupados por Washington y sus aliados, y cercado por los cuatro costados por una amplia red de bases militares que posee el país occidental en las fronteras comunes del país persa con Turquía, Azerbaiyán, Pakistán, y en los países vecinos árabes del Golfo. Teherán sería muy ingenuo si no se preocupara por garantizar su seguridad. Además, en tiempos recientes la

posesión de armamento nuclear (o al menos la sospecha creíble de disponer de él) ha aparecido como un elemento que eleva el estatus ante las negociaciones (Corea del Norte podría ser un ejemplo de ello), al que ansían muchos países que

se sienten amenazados por los poderes hegemónicos. Sin embargo, quizás las autoridades iraníes infravaloraron en su análisis su propio contexto regional, en el que difícilmente Israel aceptaría vivir bajo la amenaza nuclear.

¿Es posible que el propósito de Irán sea meramente disuasorio? Es difícil dudarlo, ya que incluso en el caso de que consiga hacerse con una bomba nuclear, esto tampoco implicaría que la usara o que se convirtiera en un peligro ni para Israel, (que en la región es una superpotencia militar) ni mucho menos para EEUU y la paz mundial. La República Islámica nunca ha demostrado tener ambiciones territoriales, algo que certifica el hecho de que dos ciudades que fueron ocupadas por Irak durante la guerra aún se encuentran en manos del país árabe.

Más allá de posibles hipótesis, la única verdad segura es que hoy por hoy el *proyecto* nuclear que iba a ser el seguro de vida tanto de la República Islámica como de la integridad territorial de Irán, se ha convertido en un motivo de crisis internacional que tiende a aislar al país cada vez más.

La segunda fase del conflicto

El fin del año 2005 coincide con el paso de la confrontación entre EEUU e Irán a la fase *Brinkmanship* (o "cuesta resba-

" El proyecto nuclear que iba a ser el seguro de vida tanto de la República Islámica como de la integridad territorial de Irán, se ha convertido en un motivo de crisis internacional que tiende a aislar al país cada vez más."

ladiza”) de la crisis, utilizando el término creado por John Foster Dulles dentro su de “Teoría de Juegos”. Sería el arte de recurrir a jugadas arriesgadas en el transcurso de unas negociaciones delicadas y de consecuencias imprevisibles con el objetivo de forzar la rendición de la otra parte. La parte iraní recurrió a esta política con las declaraciones del presidente Ahamdinejad en defensa de su programa nuclear y con la retiradarar del precinto puesto por la AIEA a algunas de sus instalaciones nucleares, y con amenazas de utilizar sus influencias en Irak, Afganistán y Palestina para aumentar la crisis de Oriente Medio, y responder a los posibles ataques con dureza y en todo el mundo. La guinda de este peligroso juego la puso el comandante Yafari, jefe de las Fuerzas de Mártires *Niruye Esteshhadi*, el 24 de diciembre, al revelar que había dado ordenes a sus militantes en todo el mundo para actuar en el momento que EEUU o Israel inicien el ataque a Irán.

Sin embargo, ante la evidente desigualdad de fuerzas, y con Irak como trasfondo, surge la pregunta ¿por qué Teherán no demuestra signos de tener miedo, sino justo lo contrario?.

Porque los ayatolás calculan que, por ejemplo, un posible bloqueo económico impuesto por el Consejo de Seguridad tendría efectos limitados en la sociedad iraní, ya que al firmar tratados comerciales de gran envergadura con diferentes países que no están en la órbita de EUA, como China o Rusia, se han guardado las espaldas. Posiblemente intuyen que incluso una agresión “preventiva”, no iría acompañada por un cambio del régimen, ya que la Administración Bush aún no ha constituido ninguna oposición en el exilio para evitar un vacío político en Irán, como sí lo hizo en casos de Afganistán e Irak. Por lo tanto, su *Brinkmanship* consiste en las tres siguientes ofertas: o recibe la garantía de no ser agredido a cambio de paralizar su programa nuclear; o se le acepta como un país nuclear y amigo (como Pakistán); o se

compromete hasta las últimas consecuencias con su decisión y afronta un endurecimiento del conflicto. El presidente Ahaminejad ha sido advertido por los reformistas del régimen que el hecho de haber convertido el programa nuclear en una cuestión de orgullo nacional popular no es ninguna garantía de que en un posible enfrentamiento con el Occidente los ciudadanos se pongan al lado del gobierno. La situación actual es bien distinta de la de 1980, cuando Irak invadió Irán y la nueva república era recibida con ilusión. El paro de más de 12 millones de jóvenes –a lo que se ha añadido la masiva huida de capitales tras la llegada a la presidencia de Ahmadinejad–, la asfixiante inflación del 34%, y una sociedad que vive con la sensación de inestabilidad, frustración y miedo, como factor de incertidumbre, junto con la tradición chií del martirio y el fuerte sentimiento nacionalista de los iraníes en defensa de su patria –que no del régimen–, pintan un panorama de imposible pronóstico ante lo que se está gestando.

Por su parte Occidente, representado por EEUU, con su política inflexible está llevando la situación al límite. La propuesta de Rusia de enriquecer uranio en su territorio para trasladarlo luego a Irán fue desestimada en un primer momento por Teherán (consciente de que podría sufrir el mismo trato que Ucrania, cuando ante el descuerdo por el precio, vio cortado su suministro de gas), para ser aceptada a regañadientes ante las presiones internacionales. Pero ni así se alcanzó el acuerdo sobre la cuestión. Si Washington realmente está preocupado por el programa nuclear iraní, ¿por qué no le ofrece garantías de seguridad como contrapartida?. En su lugar, la Administración Bush sigue empeñada en devolver en 2006 el dossier iraní a la Organización Internacional de la Energía Atómica, en la que sus miembros votarían por remitirlo al Consejo de Seguridad para estudiar las posibles sanciones a Irán, lo cual representaría la conversión de la crisis en un problema internacional, tal como desea EEUU.